

# Los emperadores

CRISTÓBAL GUZMÁN

La batalla de Actium, en el 31 a.c., marcó un antes y un después en la historia de Roma y, por consiguiente, en la del mundo occidental. A partir de ese momento, el cambio de

modelo político propicia una sucesión de emperadores que detentarán un poder unipersonal que durará quinientos años -otros mil hasta la caída de Constantinopla- que dieron para mucho, y no siempre bueno.

Quedaba inaugurado un régimen conocido como Principado que, no nos engañemos, consistió en un respeto formal por la secular autoridad de las instituciones republicanas para, en el fondo, hacer lo que le viniera en gana al monarca de turno.

La figura del emperador gozaba de privilegios especiales. El *princeps* era distinguido por las hojas de laurel (signo del sacerdocio) y la corona de roble, que marcaba su valentía militar. Su vestimenta era de color púrpura, privilegio inicialmente de los senadores pero que acabó siendo exclusivamente imperial. Su imagen era reproducida en las monedas y en estatuas con armadura, como un dios o vestido con la toga ciudadana. Adquiría carácter divino a su muerte (*divus*) asociado a los dioses en un proceso conocido como *apoteosis*, aunque hubo alguno como Calígula que se hizo erigir estatuas divinas en vida.

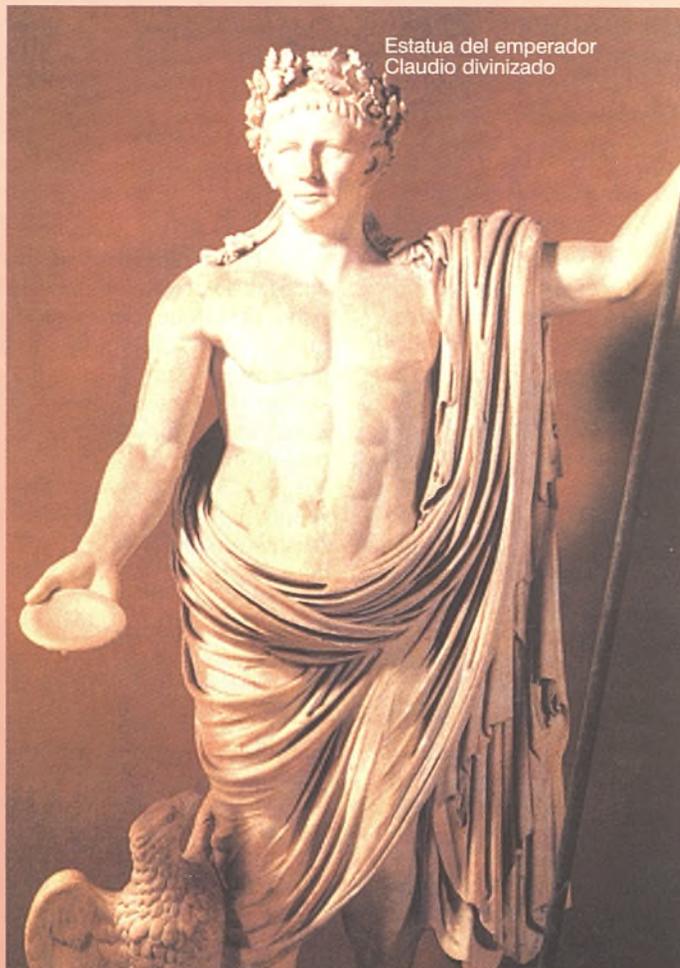
El primer emperador de Roma iba a ser Octaviano, sobrino-nieto de César. Dar buena cuenta de Marco Antonio y su amante Cleopatra VII en Actium había demostrado que gozaba del control del ejército, pero lo hizo todavía mejor conjugando el gobierno absoluto con las antiguas instituciones. Como no tenía un pelo de tonto, renunció formalmente a sus poderes extraordinarios, recibiendo del Senado lo que realmente pretendía: los poderes legales ordinarios, el título sagrado de Augusto y las prerrogativas diversas de orden civil (*potes-*

*tas tribunicia*), militar (*imperium*) y religiosa (*pontifex maximus*). Acumuló en su persona, en fin, todos los resortes del aparato estatal dejando al Senado la administración de algunas provincias y reservándose las de mayor importancia estratégico-militar.

Para asentar las bases de su nuevo régimen, Octavio Augusto precisaba de una superestructura ideológica incisiva. Así, rodeado de personajes influyentes como Mecenas, su compañero de armas Marco Agripa o el poeta Virgilio, elaboró todo un programa económico, militar, moral y religioso que perduraría los 41 años de su reinado, durante los que añadió a las conquistas romanas el norte de España -tras las duras guerras cántabras-, buena parte de Europa central -Panonia,

Retia, Nórico y Mesia- y Asia -Licia y Galacia-. Si a ello le añadimos que los sectores más pobres de la ciudad de Roma (*plebs frumentaria*), unas 300.000 personas, eran alimentados y obsequiados con Juegos públicos para tenerlos entretenidos, no resultó raro que Augusto durase en el poder más que el general Franco.

Su legado fue mantenido por el resto de la dinastía julio-claudia (Tiberio, Calígula, Claudio y Nerón) que, frente a los últimos intentos de la oposición republicana por retomar el viejo sistema oligárquico, intensificaron el poder absoluto, el afianzamiento de la monarquía militar y la capacidad decisoria de la guardia pretoriana, que llegó a proclamar César al tercero de ellos tras sorprenderle escondido detrás de una cortina. Predominaron los



Estatua del emperador Claudio divinizado